

ESPINOSA MEDRANO, Juan de. *Amar su propia muerte*. Edición, prólogo y notas de Juan M. Vitulli. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2011, 185 pp.

El siglo XXI, ciertamente, ha sido auspicioso para los estudios coloniales. La necesidad de ultimar proyectos de investigación de largo aliento y de editar debidamente los textos más relevantes ha sido patente. Así, la figura del criollo Juan de Espinosa Medrano ha recibido especial atención por la crítica y la filología. La reciente edición que Juan M. Vitulli ha realizado de su comedia en español *Amar su propia muerte* es, sin duda, un ejemplo favorable.

Desde que en 2005 Luis Jaime Cisneros publicó su edición del *Apológico en favor de don Luis de Góngora* (1662), cumplidas han sido las ediciones de las obras del Lunarejo. En 2010 se publicó la edición y traducción que César Itier hizo del autosacramental, escrito en quechua, *El robo de Proserpina y sueño de Endimión*. El 2011 fue doblemente beneficioso, ya que se publicaron la edición que Cisneros y José Antonio Rodríguez hicieron de la colección de sermones titulada *La novena maravilla* (1695) y, desde luego, la edición que Vitulli nos propone de *Amar su propia muerte* (¿1645-1650?).

Este volumen cuenta con un nutrido estudio preliminar (73 pp.), además del texto en cuestión. En la primera parte, Vitulli propone una semblanza biográfica de Espinosa Medrano, una descripción de la obra junto con una reseña de las ediciones previas, y la declaración de los criterios usados para la suya. Aunque no ha realizado ningún aporte heurístico a la biografía del Lunarejo, es meritorio el recuento que hace de sus principales hitos, así como de los estudios más relevantes al respecto (sobre todo los realizados por Cisneros y Pedro Guibovich Pérez).

Sin embargo, conviene reparar en sus reflexiones en torno a la obra. Estas explican *Amar su propia muerte* dentro del marco de la producción barroca hispanoamericana y, por lo tanto, enfatizan la focalización criolla de su autor. Traer, como lo hace, a colación la célebre cita del *Apológico* en «Al lector» revela la intención que Vitulli tiene de comprender la obra desde su contexto de enunciación: «Tarde parece que salgo a esta

empresa: pero vivimos muy lejos los criollos y, si no traen las alas del interés, perezosamente nos visitan las cosas de España». Por ello, como apunta el editor, «es necesario subrayar los cambios de percepción frente al espacio colonial» para comprender cabalmente el sentido de la obra (p. 29).

Ciñéndose a la hipótesis de Cisneros y Guibovich, Vitulli confirma que la obra debió escribirse entre 1645 (cuando Espinosa Medrano ingresa al colegio seminario San Antonio Abad) y 1650 (año en que obtiene la cátedra de Artes y Teología). Asimismo, consigna un breve pero útil catálogo de las ediciones de la comedia lunarejina. Si bien reconoce que se debe trabajar sobre la base de la edición que Rubén Vargas Ugarte publicó en la *Revista de la Universidad Católica del Perú* entre 1932 y 1934, no deja de señalar sus limitaciones. Dada la destrucción del manuscrito consultado por el autor jesuita, Vitulli ha tenido que confrontar la primigenia transcripción con posteriores iniciativas. Repara, por ejemplo, en los problemas que introdujo la posterior reimpresión de la transcripción de Vargas Ugarte en 1943, cuya omisión de casi trescientos versos fue replicada en posteriores impresiones de la comedia (incluido el volumen publicado en 1982 por la editorial Ayacucho). Destaca, en cambio, el trabajo realizado por Ricardo Silva-Santisteban y Cecilia Moreano en el año 2000, que forma parte del tomo dedicado a la época colonial de la *Antología general del teatro peruano*. Los esquemas métricos de Moreano han sido especialmente atendidos para la correcta comprensión de los versos de Espinosa Medrano, así como han motivado diversas enmiendas que Vitulli consigna en las notas al pie de página.

El editor ha considerado relevante la inclusión de un resumen de los actos, así como una descripción de los personajes acompañada del detalle de sus funciones dramáticas. Dicho aparato hermenéutico evidencia el entendimiento que Vitulli tiene del texto del Lunarejo dentro del *corpus maior* de la comedia española. Precisamente, señala que *Amar su propia muerte* debe ser entendida como un epígono de la subespecie bíblica del mencionado corpus, aunque no por ello tenga que ser desestimada. Es aquella posición zaguera la que debe advertir el lector especializado, pues la obra acusa con énfasis superior un diálogo intertextual con los modelos

lopistas y calderonianos que la preceden. Sin embargo, poco ahonda Vitulli en el sentido político-social de las reelaboraciones y variaciones que Espinosa Medrano realiza respecto de sus modelos peninsulares.

Nutrido es, en cambio, el diálogo que el editor mantiene con los estudios precedentes en torno a la comedia. Evidentemente, Vitulli ha corregido las lecturas desviadas que se realizaron en su momento a partir de las versiones incompletas nacidas de la antes señalada reimpresión de 1943. Mucho más interesante, por su parte, es el debate que sostiene con las posturas ideologizadas que han visto en la obra del Lunarejo los reclamos contrahegemónicos de una suerte de paladín de los indígenas, disidente del sistema virreinal imperante. Su hermenéutica de la comedia atiende la intertextualidad existente con otras obras del autor; por ello, entabla un lúcido debate con los presupuestos de Raquel Chang-Rodríguez expuestos en *El discurso disidente*. Dicho diálogo es un ejemplo claro y elocuente que demuestra la importancia de comentar los textos con total atención de los referentes diacrónicos y sincrónicos de su enunciación.

Como bien declara, el comentario y las anotaciones de Vitulli han buscado explicar el lenguaje, el espacio de creación y recepción, y la ideología presente en *Amar su propia muerte* para, así, ubicarla «en el contexto de su producción letrada y virreinal» (p. 61). Su crítica a la interpretación del hipotético carácter contrahegemónico de la comedia es fructífera, «ya que esa perspectiva tiende a omitir significantes presentes en la obra» (p. 62). Los argumentos son varios y diversos: van desde la precisión lexicográfica de un vocablo determinado hasta la más extensa reflexión sobre las partes de la comedia. Se desprende, en cambio, un mejor aprovechamiento de su exégesis al abordar la complejidad de la obra, puesto que ve en ella una postura relativamente ambigua dentro del contexto imperial: se trata, sin duda, del posicionamiento discursivo del sujeto criollo que al mismo tiempo que censura la lejanía respecto del centro de poder imperial, busca su incorporación mediante mecanismos simbólicos, como la retórica o, desde luego, el arte dramático.

El trabajo de Juan M. Vitulli se suma a los esfuerzos académicos que buscan editar de manera seria diversos textos y documentos coloniales, los que serán el punto de partida de estudios sobre el contexto político

en el que se elaboraron, así como de su carácter discursivo. Si bien hubiese sido útil un cuadro comparativo con las variantes respecto de la transcripción primera de Vargas Ugarte y las enmiendas propuestas por el reciente editor, el esfuerzo hermenéutico efectuado es loable. Que sigan las ediciones críticas o anotadas de la obra del Lunarejo es un hecho encomiable que debiera conducir indefectiblemente a uno o más volúmenes de estudios sobre su relevancia en el orbe colonial. La presente edición desbroza el camino hacia dicho norte.

ELIO VÉLEZ MARQUINA  
*Universidad del Pacífico*

**PEREYRA PLASENCIA, Hugo.** *Trabajos sobre la guerra del Pacífico y otros estudios de historia e historiografía peruanas.* Lima: Asociación de Funcionarios del Servicio Diplomático del Perú, Fundación M. J. Bustamante de la Fuente, Instituto Riva-Agüero-Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010, 444 pp.

Hugo Pereyra Plasencia, historiador y diplomático, nos aporta en este texto un conjunto de artículos sobre un tema neurálgico en nuestra historia como es el de la guerra iniciada en 1879. Con respecto a este asunto, existe una nutrida bibliografía de origen chileno, mientras que la literatura peruana no es tan abundante.

Los estudios hechos en el Perú en los años previos y siguientes a la conmemoración del centenario del conflicto se polarizaron: algunos exaltaron el patriotismo de la sociedad peruana; en cambio, otros la acusaron de falta de lo mismo. Se culpó especialmente a las clases dirigentes y a los indígenas, porque se negó que hubiera existido una identidad nacional en esos años cruciales. Se habló de colaboracionismo, de la deserción boliviana, de la defensa de intereses económicos que primaron sobre los de la patria. Se relativizó la motivación de la participación indígena al decir que fue solo en defensa de su comunidad y no del país.